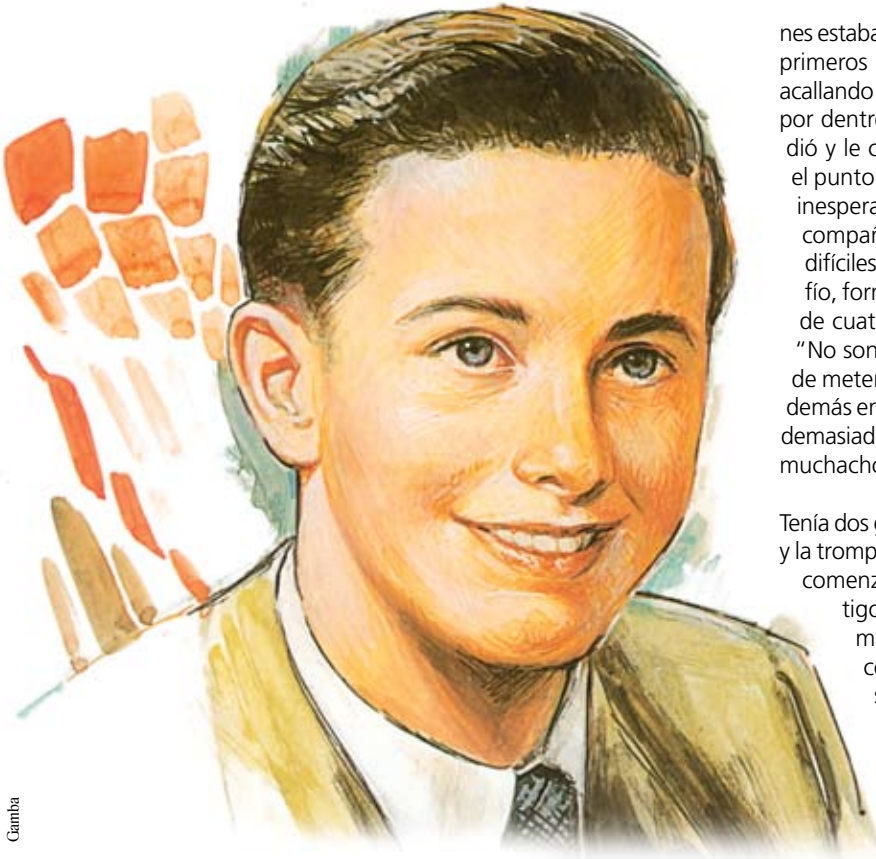


Fernando Caló



Clamba

Fernando nace en plena segunda guerra mundial, en 1941. Nunca conoció al padre, ni el calor de un hogar, ni el afecto de una familia. La mamá, una niña-madre, servía como muchacha en una casa y podía dedicar muy poco tiempo al hijo, que fue huésped de varios orfanatos.

A los ocho años entró en el instituto salesiano de Estoril en Portugal. Cada tarde volvía a su paupérrima habitación donde lo esperaba la mamá y con ella rezaba antes de dormir. Su hazaña mayor en este período fue la de llevar a la mamá a la misa el domingo. Desde años, en efecto, ella no asistía a la iglesia.

Terminada la primaria, pasó a la escuela profesional, siempre con los salesianos. El carácter de Fernando no era ciertamente el de un santi-

to, tenía un temperamento vivo y rebelde, estallaba de rabia ante el menor reproche, le costaba controlarse y generalmente frecuentaba compañeros poco recomendables. Afortunadamente su confesor se dio cuenta del peligro y, sin muchos rodeos, lo puso sobre aviso.

Así fue como Fernando comenzó su conversión. No fue un paseo: tenía fama de "muchacho travieso" y los ojos de los superiores no lo soltaban un instante. Cuando había desórde-

nes estaba constantemente entre los primeros acusados. Pero aguantó, acallando la rebelión que le estallaba por dentro. El director lo comprendió y le concedió confianza, hasta el punto de hacerle una propuesta inesperada: ser apóstol entre los compañeros más recalcitrantes y difíciles. Fernando aceptó el desafío, formando un pequeño grupo de cuatro amigos algo calaveras. "No son los mejores, son capaces de meterse en líos si hace falta; los demás en quienes usted piensa son demasiado buenos para este tipo de muchachos", le dijo al director.

Tenía dos grandes pasiones: el fútbol y la trompeta. Hacia el final de 1954 comenzó a escribir un diario, testigo de su empeño de querer mejorar, como lo eran los compañeros, que advertían su lento e incontenible cambio.

Dos años después, durante los ejercicios espirituales, trazó el programa de su vida:

Quiero sujetar mi curiosidad y mortificar mi vista. Quiero ser apóstol de la Virgen Inmaculada. Quiero ser sacerdote.

El 20 de abril de ese mismo año, 1956, durante un encendido encuentro de fútbol en el patio, pegó por casualidad violentamente la cabeza contra una columna del pórtico. Estuvo algunos días en la enfermería, después volvió entre los compañeros, pero durante un recreo golpeó de nuevo la cabeza. Fortísimos dolores aconsejaron su ingreso en el hospital. Un compañero, preocupado, le preguntó: "Fernando, ¿y si te mueres?". "¡Estoy listo!... Se juega fútbol en el Paraíso, ¿o no?". El 26 de julio Fernando inició su encuentro en el Paraíso.

